

Crísonalía

Partió el amante y me he quedado sola.
Sola otra vez. Así paso mi vida,
con soledad del corazón, muriendo
de la insaciable sed de hallar el alma
de un hombre tras las ansias de la bestia.
¡Son nada más que bestias! Sus caricias
carecen del aroma de las almas;
son palpaciones de la piel tan sólo;
de las mareas del instinto ascienden
con la viscosidad de las medusas,
y un olor de moluscos y marisma.
Para ellos el amor son los deseos.
Aquel temblor celeste de las carnes
bajo el influjo de un amor del alma
sólo una vez lo adiviné en un hombre;
mas no era para mí ese amor.

Lejano,
como la estrella de la tarde, estaba
ese hombre en el ambiente de mi vida.
Amaba a una mujer digna de amarse.
—Tal vez ni él mismo sospechó que amaba!...
En fin, yo no lo sé.

Dos o tres veces
me oyó cantar. Yo me turbaba toda,
y, sin embargo, en su presencia, siempre
por la puerta entreabierta de mi boca
la música del alma me salía.
Cuando al final de nuestro canto, hablaba,
era su voz un manantial, hilando
con los rumores de la linfa encajes
de iridiscente pensamiento. Poco,
nada quizás, en mi memoria queda
de la voz, de la música, del día;
pero en mis horas de visión le miro
como un brasero del color del ámbar
en cerrado fanal de concha perla;
era todo él una pasión de ideas,
un torbellino de emoción hecho hombre.

Cual sol poniente se perdió de vista;
en mi horizonte no se alzó su imagen
una vez más.

Como la virgen rosa
que de su tallo se desprende y cae
en lágrimas de pétalos deshecha,
se desprendió del árbol de la vida
la humilde flor de mi existencia oscura.
Yo era una flor cuyo perfume agreste
fuera de voz, fuera de alondras de oro
con nido oculto en la garganta mía.

Vinieron hombres a mi encuentro.

¡Oh Cielo!
qué raro filtro de Medea existe
en el misterio de la voz humana
que así seduce los rebaños de hombres!

Me condujeron a cafés cantantes.
En el salón rodaban los aplausos
las hojas de la selva y sus rumores.
Pero ninguno de los hombres vino
para decirme que en mi voz amaba
el diáfano cristal del alma mía.
Los besos en mi piel, las palpaciones
con la viscosidad de las medusas
y el repugnante olor de la marisma;
sólo para eso me buscaban siempre.

Oh tarde santa la de un mes de mayo,
cuando, riendo, me dieron el mensaje
del único hombre que no viera nunca
en torno de las mesas y los vasos,
del hombre aquel cuya palabra fúlgea
me llenó de relámpagos el alma.

¡Ay! ¿El también?... ¡No puede ser!—me dije
aquella noche en que no vino el sueño
sino un instante, al anunciarse el día.
¡No puede ser!...

y sin embargo, en lo íntimo
ya sentía quemándose un deseo
de que él, también, como los otros fuese.

Cuán cuidadosa esa mañana puse
toda mi gracia en el vestir un traje
de seda blanca, y en lucir mis joyas.

Qué secreto temblor hubo en mis carnes
cuando esperaba en su antesala, tímida,
y al mismo tiempo de confianza llena
en el encanto de mi piel de trigo,
en el hechizo de mi voz de cítara.

Se abrió la puerta; penetré en su estancia.
El me tendió su mano.

¡Qué vocablos
decir sabrían el poder oculto
de aquellas manos, cuyo tacto sólo
vertió en mi corazón la paz serena
de mi inocencia virginal de niña!
Me habló.

Con qué delicadeza puso
un encaje de seda en mi extravío.
La nubecilla de un rubor de rosas